



Antonio Domínguez Hidalgo

LOS PIANOS

Desde aquella noche de luna menguante sonaba aquel dúo de pianos con tanta intensidad, que una mágica fascinación provocada por tal acontecimiento, eclipsó el sueño de los a esa hora durmientes.

Era como si manos misteriosas volaran sobre las teclas seduciendo tonos y medios tonos en armonías vibrantes, ora matizadas con furor, ora degastadas con melancolía. Entre andantes y allegros iban derramando sus compases hasta terminar, después de breves silencios, en brillantes sonoros, imponentes y grandiosos.

En esa ocasión, el vecindario se deleitó con la música nocturna, pero al transcurrir las noches y repetirse la misma melodía siempre en punto de las doce, el placer convertido en rutina se transformó en aburrimiento primero, luego en insoportable angustia y después, en insomne desesperación.

Nadie conocía a quienes habitaban el caserón del que salían las notas apasionadas. Jamás habían visto a alguien entrar o salir de él, y por eso, aunque la gente del barrio se precisaba de muy cultivada, muchos comenzaron a pensar en brujerías.

Sin embargo, hasta entonces, nada parecía indicar que cualesquiera de los tantos, se decidiera a investigar la causa de aquel misterio. En el fondo, aunque no se aceptara, los invadía, o principiaba a invadirlos, un temor sin nombre ante aquello desconocido, a pesar de sus civilizados portes.

Pronto las consejas del chismorreo fueron acrecentándose, a cual más atrevida en suposiciones; desde la sospecha de una casa habitada por un loco, hasta la afirmación de los espíritus en pena o en goce...

No obstante, a pesar de los más diversos supuestos, los pianos continuaban con su algarabía de sombras a cada noche. Apenas los péndulos ayudaban con sus movimientos irresivenires a que las manecillas se encimaran frente al doce, cuando como en marejada, se estremecían los mutismos de medianoche con el sonido vibrante de un primer movimiento musical.

En cada una de las casas que rodeaban a la mansión melódica, los ojos separaban sus párpados y la pupila se agrandaba para darle forma a la silueta que circundaban el cuerpo al que pertenecían. En algunos, la mirada se enternecía como si estuvieran escuchando insólita serenata, cadenciosa, suave, añorante...

Otros se llenaban de fulgores extraños en los que se percibían miedos insospechados, imprevistos pánicos... Y nadie podía dormir en esos momentos. Los pianos sonaban sus alegretos y sus ritornelos, entre fugas ardorosas y vehementes y con sus compases, sembraban la inquietud y la confusión entre quienes los oían.

Por eso fue que casi al cumplir un año de lo que ya el vecindario consideraba común tormento musical, los afectados se reunieron para discutir algunos planes que pusieran remedio al escándalo nocturno y que parecía no tener final.

Era necesario, proponía el ingeniero Arellano, ir con las autoridades para que realizaran las investigaciones debidas y dijeran a quienes vivían en esa casa que no era posible continuar con tal situación. Si los conciertos fueran de vez en vez y variados, no protestarían. Sabían que en ocasiones algunos hacían fiestas y desvelaban con ellas al barrio, pero esos... esos que ni siquiera conocían, que noche a noche los molestaban con su música desesperante, debían quietarse. O los pianos o ellos. No podía seguir aquello durante más tiempo.

Todos estuvieron de acuerdo con el ingeniero. Protestarían con gran energía. Fueran quienes fueran los que vivían allí, necesitaban una llamada de atención. En el día que tocaran cuando quisieran, pero de noche... De noche que dejaran dormir. Eran más de once meses los que habían soportado y francamente no podían resistir más. Nadie comprendía cómo ninguno se había atrevido, qué decir atreverse, decidido a poner un hasta aquí a esos... a esos... ¡Quién sabía lo que eran!

Todos coincidían en reconocer una enorme antigüedad a aquella casona ruidosa.

Cuando llegamos a vivir aquí, y eso que fuimos de los primeros, ya estaba construida, nunca pensamos que... Clamorean los que más se las daban de fundadores.

Por ello, en masa, acudieron a las puertas de la mansión incógnita. Mientras se les hacía justicia legalmente, iniciarían sus protestas. Y estuvieron tocando un largo lapso, mas nadie acudía a abrir.

Hasta entonces a ninguno le había preocupado ver el interior, pero en esos instantes sintieron curiosidad y a través de las hendeduras comenzaron a fisgonear. Sólo alcanzaban a medio mirar el principio de un jardín bastante descuidado. Las altas y gruesas bardas de piedra volcánica, protegidas aún con alambre de púas, impedían a quienes habían trepado furiosos para penetrar en la residencia, contemplar más que arbustos y a lo lejos, entre enredaderas, unos pilares y unos ventanales que nada aclaraban.

Algo sucedía. Parecía que nadie la habitara, pero, ¿y los pianos? ¿Cómo explicarlo? ¿Quién los tocaba con tanta virtuosidad? La policía era la única que podía esclarecerlo. Debían llamarla cuanto antes.

Así, al cabo de unas horas, los zumbidos de las patrullas se presentaron y de ellas descendieron, como vomitados, casi una docena de agentes. Una muchedumbre promiscua, hombres, mujeres, jóvenes, niños, perros, se arremolinaron frente a la mansión misteriosa con el deseo de no perder ni un detalle de lo que acontecía y de lo que con probabilidad iba a suceder. Unos a otros se empujaban como para ver mejor. Uno de los más prepotentes gendarmes llamó con increíble voz de gasero a los habitantes desconocidos, mientras que golpeaba con manos y pies el enorme portón. Nadie respondía. Ante esto, el comandante ordenó que abrieran a la fuerza. Un grito de admiración recorrió los labios de quienes presenciaban la escena. A empujones la puerta cedía y dejaba al descubierto una pequeña jungla. Era como si desde hacía

mucho tiempo nadie se preocupara en cuidar aquel jardín que ahora mostraba con abundancia una vegetación silvestre e invasora.

Los agentes atravesaron los antiguos prados y llegaron a la puerta principal. Se asombraron de las dimensiones del terreno que abarcaba toda una gigantesca manzana. Bien podrían haber cabido allí una centena de casas comunes. Con llave maestra abrieron y al entrar percibieron un olor a podredumbre tan intenso que se vieron en la necesidad de salir. La peste se extendió rápidamente y la muchedumbre que los había seguido, retrocedió de inmediato como golpeada por un asqueado bofetón.

Un cierto temor se apoderó del comandante que presentía un crimen más. Y aguantando la respiración, mientras abrían las resguardadas ventanas, penetraron. Por dentro la casa era un amontonamiento de antigüedades, entre las que destacaban por su belleza, dos decimonónicos pianos negros de cola, convertidos en grisáceos por el polvo que los cubría.

Las miradas examinaban aquella balumba de riquezas, cuando una exclamación interrumpió la curiosidad. Allí, tirados sobre la alfombra y en un recodo de la escalera art-nouveau con labrados de cedro y caoba, se hallaban los residuos de los que habían sido seres humanos.

El comandante ordenó con serenidad, como quien está acostumbrado a hacerlo, que se llamara a la ambulancia. El rumor corrió más que el silencio y la noticia levantó cejas y patrocinó nuevos asombros. ¡Un crimen! ¡Un suicidio! ¡Qué misterio se cierne aquí! ¿Y los pianos? Muchos temblaron su cobardía.

Sin embargo, entre sonrisas y bocas abiertas, poco después se reveló que uno de los curiosos había encontrado en el cajón de un escritorio una carta y de inmediato la había entregado al comandante. Éste, al leerla, movió la cabeza y quedó pensativo. Era un caso extraño, pero la solución simple. El mensaje la contenía:

“Algún día nos van a asesinar, lo presentimos. Creen que somos ricas, pero no es cierto. Sólo tenemos poco, muy poco... casi nada; como nos gustan las antigüedades...

Por eso, creyendo que un día de estos nos matarán, si descuidamos lo que tanto esfuerzo y sacrificio nos ha costado, hemos decidido vivir aisladas del mundo protegiendo nuestras pertenencias.

Sabemos que en alguna hora, todas esas bolas que se dicen revolucionarias perderán sus ideales y se convertirán en saqueadores. Nuestra hacienda la hemos fraccionado y sólo nos reservamos una pedazo cómodo. Los asquerosos futuros millonarios querrán sentirse y verse parte de nuestra aristocracia, hoy destruida por la revolución, y querrán vivir en nuestras haciendas, pero como olvidarán con el tiempo para lo que luchan, entonces... sus hijos... o sus nietos...

Ya casi los vemos construir casas que imiten los estilos vacíos de los yanquis, en lugar de la elegancia europea. Y como tendrán dinero y apoyo del gobierno... ¡qué será de nuestro valle, de nuestras lomas, de nuestros pedregales, de nuestros riachuelos!

Nuestros patrimonios serán convertidos en hoteluchos o en insultantes residencias sin las alturas de la culta Francia.

Algún día moriremos, pero no saldremos a pedir auxilio, puede ser que... se aprovecharán y... ¡No! ¡No! Permaneceremos aquí, aunque nos maten quienes... no sabemos.

Si esto llegare a suceder, hemos arreglado en los pianos un mecanismo eléctrico para que siempre, a la misma hora, por la noche, a medianoche, toquen una melodía con el fin de que los vecinos se molesten, protesten y acudan a la policía. Así descubrirán el asesinato e investigarán, porque lo sabemos, lo sabemos: ¡Nos matarán! ¡Nos matarán! Sólo pedimos piedad para nuestros cuerpos que han quedado desamparados en estas

tierras de injusticia y sobresalto; y piedad para nuestras almas, pues tantas veces los incomprensivos ladrones de la patria dijeron que éramos vejestorios avaros y usureros. ¡Mas cuan equivocados! Sólo éramos unas pobres e indefensas viejecitas... Unas mártires viejecitas condenadas a morir y ser traicionadas... De todos modos, el tiempo ladrará, los oportunistas terminarán robándonos e instalando nuestras colecciones en sus horrendas casotas de políticos barbajanes sin abolengo, hijos de nuestros criados... o en las de presumidos e ignorantes nuevos ricos... cuyos padres también fueron lacayos en los días de nuestra aristocracia...”

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario


editorial del cardo